



EL NIÑO
el secreto de
la infancia

María Montessori

La libre elección

Otra particularidad reveló por vez primera un hecho muy sencillo. La maestra distribuía el material y lo volvía a colocar en su lugar. Me contó que, mientras se entregaba a esta ocupación, los niños se levantaban de sus sillas y se acercaban a ella. La maestra les obligaba a volver a su sitio, pero irremediamente se acercaban de nuevo y esto se repetía varias veces. La maestra dedujo que los niños eran desobedientes.

Comprendía, observándoles, su deseo de colocar ellos mismos los objetos en su lugar y les dejé en libertad de efectuarlo. De este nuevo proceder nació una verdadera vida nueva. Colocar los objetos en orden, corregir cualquier desorden eventual, era un atractivo vivísimo para ellos. Si un vaso de agua se caía de las manos de un niño, todos los demás corrían solícitos a recoger los trozos de vidrio y a secar el suelo.

Un día, la caja que contenía ocho tabletas de colores escalonados, cayó de manos de la maestra; recuerdo su confusión delante de la dificultad en reconocer tantos colores de matices tan poco distintos. Pero los niños corrieron enseguida y ante nuestro asombro, colocaron rápidamente todas las tabletas en su lugar, demostrando una sensibilidad extraordinaria para los colores, que nosotros no poseemos.

La maestra llegó tarde un día a la escuela y había olvidado la víspera cerrar el armario con llave. Encontró el armario abierto y muchos niños junto al mismo. Algunos tomaron objetos para llevárselos. La maestra atribuyó este acto a un instinto de robo. Para ella, los niños que roban y que carecen de respeto, necesitan una severa educación moral. A mí me parecía que los niños conocían suficientemente los objetos para poder elegirlos por sí solos, y en efecto así lo hicieron.

Se inició un aumento de actividad interesante y vivaz: los niños mostraban deseos especiales y elegían sus ocupaciones. Por esta razón se adoptó un armario bajo y elegante, que pareció mejor adaptado, donde el material, una vez ordenado, quedaba mejor dispuesto y al alcance de los niños pequeños que lo elegían según sus gustos. De esta manera el principio de la libre elección acompañó al de la repetición del ejercicio.

Las observaciones sobre las tendencias y las necesidades psíquicas de los niños se han podido realizar gracias a la libre elección.

Una de las primeras consecuencias interesantes fue ver que los niños no elegían todo el material científico que yo había hecho preparar, sino sólo algunos objetos. Escogían más o menos las mismas cosas, y algunas con una evidente preferencia. En cambio, había objetos que permanecían abandonados y se cubrían de polvo.

Yo se los mostraba todos, y la maestra que explicaba su uso se los ofrecía; pero los niños no los tomaban espontáneamente.

Entonces comprendí que en el ambiente del niño todo debe estar medido además de ordenado, y que la eliminación de confusiones y superficialidades engendra precisamente el interés y la concentración.

